

Mientras que Víctor Hugo, fundándose en las ideas estéticas del romanticismo, lamentaba, en 1843, la progresiva destrucción del Burdeos medieval, los viajeros españoles manifiestan un escaso interés por este aspecto de la ciudad, contentándose con denunciar sus callejones retorcidos y sucios y sus edificios mezquinos y decrepitos. En verdad, su actitud es fácilmente comprensible. Acostumbrados a las antiguas ciudades de su tierra natal, aquéllas precisamente que hacen las delicias de Víctor Hugo, Gautier, Mérimée y otros viajeros románticos franceses, merecen ser disculpados, cuando se niegan a abandonarse a la nostalgia y al sentimentalismo, ante semejantes cuadros, hartos conocidos para ellos, y desprovistos de exotismo. Ni Mesonero Romanos, ni Modesto Lafuente, describen el antiguo Burdeos. Sólo Antonio Ponz se digna consagrarle algunas líneas; además, con el único propósito de ponderar mejor los méritos de la ciudad moderna:

El antiguo Burdeos es cosa fea; sus calles, por lo regular, estrechas, sucias y mal empedradas. El Parlamento se junta en un viejo palacio perteneciente a los antiguos duques de Guiena. Se ha tratado de trasladarlo a la casa que tuvieron los jesuitas, fábrica bastante grande, aunque sin concluir, en la cual hay una portada de ridícula y mezquina arquitectura. La plaza del mercado y la adjunta pescadería son distritos ahogados y de mala figura. La Casa de la Ciudad también es un edificio antiguo y de corta consideración.²⁵

Al contrario, nuestros viajeros se hacen lenguas del Gran Teatro. Todos lo describen, ensalzando especialmente aquella innovación extraordinaria, que representaba, en pleno siglo XVIII, un teatro con peristilo inspirado en la antigüedad, y encareciendo ampliamente el lujo de los adornos. Nada existe —concluyen—, en ninguna ciudad francesa, incluida París, que merezca compararse con esta fábrica. En verdad, Burdeos llevaba un adelanto de casi un siglo en esta materia: la ópera de París, por ejemplo, no se inauguró antes de 1875.

Entre los demás lugares pintorescos que llaman la atención de nuestros españoles²⁶, cabe señalar el cementerio de La Chartreuse. Ángel Fernández de los Ríos redacta una emocionada descripción de esa pomposa ciudad de los muertos, en la que perduran los signos exteriores de las diferencias sociales, a la vez que se ostentan las ingenuas invitaciones a un romántico culto del recuerdo:

Es muy digno de las visitas del forastero, religiosa y artísticamente, y también como objeto de curiosidad, el cementerio de Chartreuse, situado al oeste de la iglesia de San Bruno, y en el cual se entierran todas las personas del culto católico. Aunque más reducido, ofrece poco

²⁵ Viaje fuera de España, p. 1.693. El Cabildo Municipal tenía sus casas en el antiguo Palais de l'Ombrière (actualmente Place du Palais), que fue derribado en 1800. «La ciudad antigua no presenta más que calles comúnmente estrechas y tortuosas, plazas irregulares y reducidos edificios de mala vista, rivalizando con las más intrincadas callejuelas de Zaragoza, Toledo, Burgos y otras de nuestras capitales». (Fernández de los Ríos, p. 23).

²⁶ Fernández de los Ríos recalca el sistema del alumbrado imaginado por los concejales para la inmensa plaza de Quiconces, abierta en el antiguo sitio de la fortaleza de Château-Trompette: «Más bien que plaza es un paseo la de Luis Felipe. Tiene buenas calles de añosos y copudos árboles, que por su anchura traen a la memoria del viajero español el Prado de Madrid, pero no por su corta extensión. Ocupa la mayor parte del terreno de Château-Trompette, y antes se llamaba de Luis XVI. En el extremo que da al puerto hay dos «columnas rostrales» levantadas con objeto de que alumbraran a éste y a la plaza por medio de dos linternas, pero no han dado el resultado apetecido por su mezquindad. Tienen unas tres varas de diámetro y 26 de elevación. Se sube por una escalera interior hasta las linternas que están iluminadas por el gas. Sobre ellas se ven dos estatuas de piedra que representan la Navegación y el Comercio» (p. 23).

menos interés que el del Père Lachaise de París. Numerosas calles de frondosos y sombríos árboles se hallan en todos sentidos, y por donde quiera se ven esparcidas millares de cruces que indican la modesta sepultura de los individuos pertenecientes a la clase pobre, y magníficos y suntuosos sepulcros de piedra, de cuantas formas puedan imaginarse, que señalan los de personas de clases acomodadas, pues ya que es preciso que aún después de la muerte se haga notar la diferencia de fortunas y jerarquías, en aquellos lugares al menos no se priva como en España a la viudez o a la maternidad, pertenezca a la clase que quiera, del consuelo de arrodillarse sobre la tumba en que yace el hijo o el marido, y depositar sobre ella alguna corona de flores o dirigir fervientes preces por su reposo. Interesa, pues al viajero el examen de aquel sagrado recinto lleno de variedad de monumentos, entre los cuales algunos son de gran extensión, con estatuas, relieves, jarrones, flores y aún jardines alrededor, y especialmente si es español, pues puede estar seguro de encontrar el sepulcro de más de un compatriota, de algún amigo, acaso de un pariente. Entre los muchos españoles que los continuos cambios de gobierno han alejado de la península y muerto en el ostracismo, se encuentran varios oficiales y magistrados; también existe una inscripción que dice así: *Aquí yace el famoso pintor español Francisco de Goya, cuya lectura produce una inexplicable sensación de placer y de sentimiento a la par. Muchos son los epitafios originales que hay por todas partes. Recordamos éste, que inevitablemente deja un poco parado al curioso: *Bientôt on dira de vous ce qu'on dit de nous: ils sont morts!* —«¡Pronto dirán de vos lo que hoy dicen de nos: han muerto!»—; así como esta línea, que tan elocuentemente habla del corazón: *Passant, donne une larme à ma mère, en pensant à la tienne* —«Caminante, derrama una lágrima por madre, pensando en la tuya»—. ²⁷*

Y ya que acabamos de sumergirnos en el sentimentalismo que dimana siempre de las losas funerales y de la sombra de los cipreses, no podremos dejar de realizar aquella pintoresca y escalofriante visita a las catacumbas de Saint-Michel, que se recomiendan a los viajeros románticos como plato fuerte de su menú turístico girondino. En una cripta socavada en el basamento de la torre de la iglesia de San Miguel, soberbia aguja de piedra que culmina a más de cien metros, existe un extraño osario. Hace unos años, el visitante podía contemplar todavía allí, contra la pared de la cripta, la inquietante Danza de la Muerte que bailaban algunas decenas de momias, procedentes de un cementario próximo, cuya tierra tenía la propiedad de mantener los cadáveres en perfecto estado de conservación. Además del delicioso escalofrío que le proporcionaba esta entrevista con algunos parroquianos del otro barrio, nuestro español podía recrearse con los comentarios documentadísimos del guardián de la torre que, dejando algunos instantes el oloroso fricandó que estaba guisando en la misma puerta del osario, le recitaba de cabo a rabo la biografía de cada uno de sus huéspedes:

Este primero —decía—, que está de pie, tiene quinientos años. Este otro fue enterrado vivo, lo que se puede conocer todavía por las contorsiones extraordinarias que hizo en la tumba: ved su actitud. Éstos que veis aquí son una familia que murió envenenada de resultas de haber comido champiñones: éste es el padre; ésta es la madre; éstos los dos hijos. Este que sigue tiene ochocientos años. Este otro tiene ochenta: reparad; todavía conserva los retazos de la camisa con que fue enterrado. Éste es el cadáver de una negra: aún se le puede reconocer en la frente y en la nariz; ella conserva todavía algunos dientes. Este otro, de tan enorme y ancho pecho, era un mozo de esquina o porta-cargas; sucumbió bajo el peso de dos mil libras; tiene cinco pies y medio. Este es un antiguo general, que murió en un desafío: ver perfectamente la herida al costado derecho; todavía conserva la barba: reparad qué rubio era. Esta es una mujer que se enterró hace trescientos años, y aún conserva los dientes y algunos cabellos. Aproximaos a este otro; meted por aquí el dedo, y aún tocaréis el corazón». Etc., etc... ²⁸

²⁷ Itinerario, p. 24.

²⁸ Lafuente, p. 154-156. La visita del osario de San Miguel constituía uno de los grandes paseos del Burdeos romántico. Víctor Hugo, Alexandre Dumas y Théophile Gautier se divierten muchísimo cuando la evocan.

Ahora, ya es tiempo de que dejemos esas evocaciones de los monumentos y sitios pintorescos de Burdeos, y nos intereseamos por su vida económica. En verdad, ese aspecto de las cosas no cautiva siempre la curiosidad de nuestros viajeros, y el historiador no puede contar con que le ofrezcan un panorama completo de la agricultura, la industria y el comercio de Burdeos entre mediados del siglo XVIII y mediados del XIX. Naturalmente, todos ponderan las excelencias de los vinos. Pero muy pocos se arriesgan a estudiar los diferentes caldos, los arcanos de la vinicultura y el complicado proceso de la comercialización²⁹. Mesonero Romanos apunta que las cepas cultivadas en la campiña de Burdeos se elevan a una altura considerable y están sostenidas por varas derechas, no caídas por el suelo como las de la Mancha y Andalucía³⁰. Cruz y Bahamonde se complace en citar algunos famosos «castillos», españolizando sus nombres:

Naturalmente, los viajeros españoles de mediados del siglo XIX se someten a esa tradición: Domingo Faustino Sarmiento, Petano y Mazariegos, Fernández de los Ríos la recuerdan, muy gustosos. He aquí la descripción que da Théophile Gautier:

«Nous nous rendîmes, mon compagnon et moi, à la tour Saint-Michel, où se trouve un caveau qui a la propriété de momifier les corps qu'on y dépose. Le dernier étage de la tour est occupé par le gardien et sa famille qui font leur cuisine à l'entrée du caveau et vivent là dans la familiarité la plus intime avec leurs affreux voisins. L'homme prit une lanterne et nous descendîmes par un escalier en spirale, aux marches usées, dans la salle funèbre. Les morts, au nombre de quarante environ, sont rangés debout autour du caveau et adossés contre la muraille; cette attitude perpendiculaire, qui contraste avec l'horizontalité habituelle perpendiculaire des cadavres, leur donne une apparence de vie fantasmagorique très effrayante, surtout à la lumière jaune et tremblante de la lanterne qui oscille dans la main du guide et déplace les ombres d'un instant à l'autre. L'imagination des poètes et des peintres n'a jamais produit de cauchemar plus horrible; les caprices les plus monstrueux de Goya, les délires de Louis Boulanger, les diableries de Callot et de Teniers ne sont rien à côté de cela, et tous les faiseurs de ballades fantastiques sont dépassés. Il n'est jamais sorti de la nuit allemande de plus abominables spectres; ils sont dignes de figurer au sabbat du Brocken avec les sorcières de Faust. Ce sont des figures contournées, grimaçantes, des crânes à demipelés, des flancs entrouverts, qui laissent voir, à travers le grille de côtes, des poumons desséchés et flétris comme des éponges: ici la chair s'est réduite en poudre et l'os perce: là, n'étant plus soutenue par les fibres du tissu cellulaire, le peau parcheminée flotte autour du squelette comme un second suaire; aucune de ces têtes n'a le calme paisible que la mort imprime comme un cachet suprême à tous ceux qu'elle touche; les bouches bâillent affreusement, comme si elles étaient contractées par l'incommensurable ennui de l'éternité, ou ricanent de ce rire sardonique du néant qui se moque de la vie; les mâchoires sont disloquées, les muscles du cou gonflés; les poings se crispent furieusement; les épines dorsales se cambrent avec des torsions désespérées. On dirait qu'ils sont irrités d'avoir été tirés de leurs tombes et troublés dans leur sommeil par la curiosité profane. Le gardien nous montra un général tué en duel — la blessure, large bouche aux lèvres bleues qui rit à son côté, se distingue parfaitement —, un portefaix qui expira subitement en levant un poids énorme, une négresse qui n'est pas beaucoup plus noire que les blanches placées près d'elle, une femme qui a encore toutes ses dents et la langue presque fraîche, puis une famille empoisonnée par des champignons, et, pour suprême horreur, un petit garçon qui, selon toute apparence, doit avoir été enterré vivant. Cette figure est sublime de douleur et de désespoir; jamais l'expression de la souffrance humaine n'a été portée plus loin: les ongles s'enfoncent dans la paume des mains; les nerfs sont tendus comme des cordes de violon sur le chevalet; les genoux font des angles convulsifs; la tête se rejette violemment en arrière; la pauvre petite, par un effort inouï, s'est retournée dans son cercueil. L'endroit où sont ces morts est un caveau à voûte surbaissée; le sol d'une élasticité suspecte, est composé d'un débris humain de quinze pieds de profondeur. Au milieu s'élève une pyramide de débris plus ou moins bien conservés; ces momies exhalent une odeur fade et poussiéreuse, plus désagréable que les âcres parfums du bitume et du natrum égyptien; il y en a qui sont là depuis deux ou trois cents ans, d'autres depuis soixante ans seulement; la toile de leur chemise ou de leur suaire est encore assez bien conservée». (Voyage en Espagne; éd. Julliard, coll. «Littérature»; Paris, 1964, pp. 34-36.)

²⁹ El cultivo de la vid fue introducido en Burdeos durante el primer siglo de la era cristiana. Inmediatamente, conoció un gran desarrollo. Ya en esa época el vino se exportaba hacia Bretaña (la actual Inglaterra). En el siglo XII, la Guía del peregrino a Santiago de Compostela ensalzaba ya la abundancia y calidad de los vinos de Burdeos.

³⁰ Recuerdos de viaje, p. 274.